

Jorge Jobet

«Poesías»

LA MUCHACHA EN FLOR



SE fué como las santas lavanderas,
soliloquio de piernas, libre súplica,
diciéndole al huemul que era paloma
y no fugaz demencia de castigo.

Se fué con una risa apresurada,
perfecta y mantenida como un sorbo,
plegada en su heroísmo de planicie,
negándole al azar su garra bronca.

Se fué como los prados sin molinos,
enteramente sana como el clima,
pidiéndole al clarín que le trajera
el sáfico embeleso de la cítara.

Se fué como los cautos cazadores,
sin pájaros, ni selva, ni testigos,
volando en un avión deshilachado,
emblema del buen Dios para los trigos.

Se fué como se ausentan los extraños,
con un andar ansioso y comedido,
rogándole al perdón que la enterrara
con la amable canción de los suspiros.

FUSION DE ESPIRITU

Sufrimos bellamente en el martirio,
con la mustia paciencia de la especie,
en tanto el agua con su ronda nimia
decora las leyendas de la aldea.

Estamos los dos solos, replegados,
en el ledo gemir de las vertientes,
con tus manos templándose en mi pelo
y un lucero albergándote las trenzas.

Bebemos las primicias de las horas,
lamiendo cuerdamente los ensueños,
en unión del anciano campanario
rasgando el cuadro del rigor del beso.

Ayudándome estás a modelarme
en el frente tronando con su muerte.
Nos queremos con ansia y nos hincamos
en la absorta morada de los ceibos.

NUEVA FUSION DE ESPIRITU

Hacer y deshacer de sembradora,
o Dafne enfermo de pasión cautiva,
el luto de los muertos se enternece
en el pulso vidrioso de los signos.

No ser más que el halcón ilimitado
del variado morir del infinito,
remontando los cursos temporales
del horror de las pérdidas queridas.

Asi tendrán su légamo los mártires
y su culpa la raza envejecida,
sin favores de ciencia malgastada,
cuerda y gota plural en un jacinto.

Venceremos, es cierto, valerosos,
la ceguera del Verbo empedernido.
Mas un hálito acerbo y tumultuoso
colmará píamente nuestros diques.

Allí será la fiesta de las metas
madurando en la flor de los delirios.
Acá, la mordedura envenenada
del claustro visceral de nuestro instinto.

MUY CUIDADA LA FLOR DE LA DONCELLA

De sorpresa, en manera no empujada,
provechosa, expresión, casi semilla,
huyó dándose vueltas por el borde
de la añosa versión de las encinas.

No castiguen los látigos sus lonjas
de terneras ruidosas imprevistas,
ni se arrojen de bruces los amantes
después de su escultórica salida.

Despistada del suelo y de la carne,
imparcial en su talle inasequible,
busca el lazo ritual de los arroyos
y el derrumbe del hombre de las islas.

No demoren los patios sus calzadas,
ni se esfuercen por grados los pasillos.
Ella sigue danzando en la azotea
y perdura en la comba del granizo.